



TOMO VII.—NÚM. 25.

REVISTA LITERARIA.

AÑO VI.—N.º M. 520.

ANUNCIOS: á precios convencionales
Número suelto, un real.

Director propietario: VALENTIN L. CARVAJAL.
Administracion, Lepanto 18.
ORENSE.—MARTES 20 DE MAYO DE 1879.

SUSCRIPCION: 5 pesetas trimestre
en toda España.

SUMARIO.

Academia gallega, por Aurelio Elias Martinez — Los gallegos en Madrid, por Augusto Mosquera — El conde de Cifuentes, (romance) por Josefa Ugarte-Barrientos. — Mis elánca. — Ecos de Orense. — Revista teatral. — Comunicado. — Anuncios.

ACADEMIA GALLEGA.

II.

El renacimiento del idioma gallego, es una verdad. Casi todos nuestros poetas escriben muchas de sus inspiradas composiciones en el nativo lenguaje y no se celebra ningun certámen literario en que no se señale un premio para una poesia gallega; pero este renacimiento, por mas que poderosamente contribuye al mayor brillo y esplendor del armonioso y melifluido idioma de Alfonso el Sábio, no puede llevarnos al fin que nos proponemos, á la perfeccion de la lengua gallega.

Hay quien opina que la propaganda del

gallego es atentatoria á la unidad nacional considerándola por lo tanto peligrosa y antipatriótica; quien asegura que cuantos esfuerzos se realizen en este sentido serán infructuosos, por que con la perfeccion de la lengua gallega, no haríamos otra cosa mas que llegar á la posesion del castellano tal como en la actualidad se habla. Otros motejan de defectuoso árido é incapaz de llegar á la expresion científica, el gallego cuya pronunciacion y desinencias, varian segun la localidad en que se emplean.

Sin hacer alarde de conocimientos filológicos sin entrar en el análisis de la estructura íntima de nuestro pátrio idioma, bien podemos desmentir unas y otras afirmaciones.

La proscripcion del gallego como habla genuina de una nacionalidad, el abandono á que le han condenado y un sin número de causas de menor importancia, pero todas atendibles, han impedido su progresivo florecimiento reduciendolo á la categoria de una lengua muerta. Y sin embargo, como una viva protesta del valor que entraña, como una prueba de que es el exclusivo y verdadero intérprete de los sentimientos

tos de nuestro pueblo, de vez en cuando aparecía á la luz pública alguna poesía gallega impregnada de esa vaguedad y melancolía, de esa delicadeza flexibilidad y ternura que son gemelas y propias del carácter de la raza céltica. La lectura de esas inspiradas composiciones, nos hablaba de algo cuyo eco dulcísimo resonaba perpetuamente en nuestras almas, de algo que avivaba en nuestro corazón el fuego del amor pátrio, recordándonos las gloriosas tradiciones de nuestro pasado, el abatimiento y soledad de nuestro presente y las esperanzas de nuestro porvenir.

El pueblo gallego aun no ha muerto, aun hay corazones que guardan como en un sagrario la historia, las tradiciones y los recuerdos de nuestra patria: por eso encontramos en nuestra poesía sencilla y defectuosa, los que en Galicia hemos nacido, lo que no podemos encontrar en la poesía castellana, apesar del grado de perfeccionamiento á que ha llegado, pese á todos sus atavios y á toda su galanura y esplendor y es por que el alma del gallego en medio de la nostalgia que la consume necesita oír siempre una voz que se identifique con su modo de ser, que se parezca á los rumores de sus valles y al himno grandioso que vibra en sus elevadas montañas. La mejor poesía gallega vertida por la mano mas hábil y experta al castellano, pierde todo su valor, toda su fragancia y todo su colorido para el gallego que ama á su patria y espera con ánsia infinita resurreccion.

Aun cuando no sea mas que para infundir aliento á nuestros paisanos en su desgracia, para conservar el tesoro de sus intimas afecciones, hoy que se ven obligados á emigrar á lejanas tierras para ganar el pan de su sustento, es urgente y apremiante en extremo que trabajemos sin descanso hasta perfeccionar la lengua de nuestros mayores. Y para esta obra regeneradora, nada mas adecuado, en atencion á las circunstancias, que la fundacion de una *Academia gallega* gigantesca empresa para la que si nos faltan clásicos, nos sobran aventajados y decididos obreros,

AURELIO ELIAS MARTINEZ,

LOS GALLEGOS EN MADRID.

No para uno, sino para muchos artículos pudiera dar asunto el epigrafe que ponemos

al frente de estas líneas si nos propusieramos pasar revista á tantos hombres; ilustres los unos, afortunados los otros, y todos notables que hoy como ayer representan á Galicia dignamente en el movimiento político, científico, industrial y artístico de que es centro la capital de las Españas; pero esta empresa es superior á mis fuerzas, y así me limitaré á decir lo poco que sobre este punto se me alcanza, sin tratar en modo alguno de abarcar todo el cuadro con la mirada, y sin la pretension de hacer biografías, sino ligerísimos apuntes sobre la vida y costumbres de *los gallegos en Madrid*.

No hace ningun siglo (como diria Larra) que el calificativo de «gallegos» se contaba en el número de los apóstrofes mas enérgicos, y se usaba como sinónimo de *tacaño*, *desconfiado*, *mozo de cordel*, ó algo peor. El *pié de un gallego* (que algunas veces no le llamaban pata) era cosa que hacia temblar á todo el que lo encontraba en su camino. El gallego era una especie de Hércules que realizaba los grandes trabajos de las mutaciones domésticas, él trasladaba el pesado piano, el monstruoso aparador y las macizas lámparas y arañas,

Por eso aquel discreto escritor dijo con profunda filosofía definiendo el gallego: «Es un animal muy parecido al hombre, inventado para alivio del asno.» Muy aliviado debió quedar este escritor al hallar una frase como suya.

No era solo esto: la palabra «gallego,» dirigida á quien no lo era, pasaba por insulto, y todos sabemos como se contestan los insultos; pero cuando recaía sobre un hijo de Galicia—que no merecía serlo—esta palabra era una acusacion que hacia asomar la vergüenza á la faz del reo convicto y confeso, que quizá mejor oirse llamar perro judío que gallego... *¿Risum teneatis?*

Hoy, ya, y gracias no solo al progreso de los tiempos, sino tambien á lo mucho que Galicia, aunque no lo parezca, ha trabajado por su buen nombre, hoy ya, digo, los legisladores como Montero Rios, los juriscónsultos como Bautista Alonso; los artistas como San Martín, los poetas como Añón, los industriales como Matias Lopez, la multitud de ilustres hombres públicos que todos conocemos, y esa muchedumbre de jóvenes estudiosos que se hacen notar en las aulas, en el Ateneo, en las oposiciones y en las Academias, han logrado modificar el concepto que de nuestro país y de nuestros paisanos tenían los madrileños. Ha caído, pues, en desuso el apóstrofe de *gallego!* y ha sido sustituido por esta frase encomiástica: *galleguitos*

de punta, que frecuentemente se repite en la Côte.

De suerte que (¡loado sea Dios!) ya se reconoce el derecho de *despuntar* en algo que no sea hablar mal, cargar bien y tener los piés muy grandes.

Dicho esto para satisfaccion nuestra y para que no os anticipéis á creer que de los gallegos en Madrid pueden escribirse cosas ni casos ridiculos sin faltar á la verdad, ciñéndome á ella voy á dar principio á mi trabajo, concretándome por hoy á decir algo de los jóvenes gallegos que á cada momento acuden á la villa del seco Manzanares.

ARTICULO PRIMERO.

El estudiante.

Supongamos á uno de estos en la estacion del Norte, despues del cómodo viaje, molido, empolvado, pero con la mirada brillante y el pecho lleno de júbilo; parece que al pisar el andén recobra sus fuerzas perdidas como Anteo, y si es músico no le faltará nada para cantar con Vasco de Gama: *¡Novo mondo, tu me apartiene!*

Bien sé yo, amigos lectores, que esto les pasa á todos los jóvenes que vienen á Madrid aunque no sean gallegos; pero tengo para mi que la emocion de estos es mas profunda y mas levantada. Voy á decir por qué. De los muchos jóvenes á quienes he visto desembarcar en las estaciones de la Côte, la mayor parte me hicieron inmediatamente preguntas sobre la Castellana, y el paseo de coches, y los bailes de máscaras, y los jardines del Retiro, y á renglon seguido me preguntaron si conocia al duque de Tal ó á la marquesa de X**

Si el recién llegado era andaluz y por ende jacarandoso, de estos que antes de apearse se mudan la corbata y se ponen guantes para entrar en Madrid, me hacia en seguida un millon de preguntas acerca de la Plaza de Toros, de los mejores caballos que hubiese en Madrid y de los paseos en que mas pudiese lucir el capital que pensaba gastar á sus padres en *echárselas de plancheta* (como él decia) entre los madrileños. Sino era andaluz, sino catalan, me preguntaba donde estaba la Bolsa, cuales eran los banqueros mas acreditados, cuales las *casas mas fuertes*... Y asi cada cual me hacia preguntas segun su carácter y aspiraciones; de todo lo cual deducia yo que el Madrid desconocido era en la fantasia de estos tales la mansion del lujo y de la ostentacion, de la grandeza humana, en una palabra.

Por el contrario, si el recién llegado era gallego, le faltaba tiempo para preguntarme si llegaba á tiempo de oír cantar á Gayarre, si el Museo de Pinturas estaba abierto todos los dias, si yo le podria presentar en el Ateneo, si él tendria ocasion de conocer á Castelar, á Zorrilla, á Campoamor y á Nuñez de Arce... En una palabra, comprendia yo claramente que el Madrid que éste anhelaba visitar y conocer era el Madrid espiritual (valga la frase), el centro del gran movimiento intelectual. ¿Cómo pues, no saludarlo con mas entusiasmo? ¿cómo no sentirse mas conmovido quien piensa entrar en un templo que quien cree penetrar en un sarao?

Yo no pretendo establecer una ley, deduzco solamente una consecuencia de mis observaciones. ¿Qué me ciega la pasion?... Bueno; hagan ustedes cuenta que no he dicho nada, y adelante.

Ya tenemos á nuestro galleguito instalado en una casa de huéspedes, de más ó menos lujo, segun sea la fortuna del viagero, ó en la fonda de los Leones de Oro, que (dicho sea entre paréntesis) es una de las peorcitas de la villa y corte.

Pero, en fin, ello es que, sea en una ó en otra parte, ya tenemos á nuestro galleguito en Madrid. Aun no ha visitado mas que las calles por donde el coche le ha traído desde la estacion del ferro-carril, y sin embargo Madrid le entusiasma, parecele que Madrid se ha hecho para el y que él ha sido hecho para Madrid. ¡Oh, Madrid! ¡Madrid, con su Puerta del Sol, su calle de Alcalá, su Congreso de los Diputados y su Academia de la Lengua!... ¡Que cartas he de escribir á mi familia y á mis amigos! ¡Que de aventuras me esperan en las revueltas calles de esta gran capital! ¡Cuántas cosas me sucederán en Madrid!...

Y así pensando, se muda, se lava, y puesta su mejor ropa se lanza á la calle en busca de un peluquero que le afeite y le peine como mejor proceda. Hecho esto se lanza en busca de un amigo.—Quiero que almorcemos juntos—le dice—y que despues me acompañes todo el dia, y que á la noche vayamos al teatro. El amigo comprende la justa impaciencia del recién llegado por hacer vida de madrileño, y se pone á sus órdenes.

Almuerzan, pues, juntos (en Fernos, por supuesto), y el galleguito, lejos de hacer los ridiculos ascos que los provincianos suelen hacer á la comida de fonda á la francesa, y mas aun si las carnes están preparadas á la inglesa, come perfectamente y bebe mejor, y todo lo encuentra bien, menos la supresion de las patatas.—Si en lugar de almuerzo es

comida la que les sirven, y en ella aciertan á darles *potage parisien* ó *prentanier*, entonces nuestro paisano cree estar saboreando el *caldo de verdura*, si bien le parece este mejor que aquél, en lo cual bien puede tener razon.

Y á propósito de comparaciones, recuerdo la de un mi amigo, quien despues de probar un rábano emitió su juicio en estas palabras; *Sabe como o nabo, solo que é pior qu' a nabo.*

Volviendo á nuestro protagonista, diremos que aquella tarde recorre gran parte de la poblacion, por la noche va al teatro, despues á tomar chocolate en el café de Madrid, y á la una se retira á su casa, quiero decir, á la posada, rendido de cuerpo y espíritu, y se acuesta y pasa la noche soñando, y su sueño es un caos de confusas ideas, cruzando frecuentemente por unas á manera de estrellas, imágenes de esas graciosas mujeres que constituyen el mayor encanto de esta villa del oso y el madroño.

¡Duerme, galleguito, duerme! Quizas esas horas de felices ensueños sean las únicas dichas que hayas de pasar en el soñado paraíso! ¡Cuántos como tú vivieron á él con el alma llena de ilusiones, y á los pocos meses se vieron obligados á meterlas en el fondo de su maleta al hacer el equipage para volverse tristemente por donde habian venido, como las olas en la playa, dejando sus espumas en la arena y llevando en su seno el rondo bramido de la impotencia! ¡Ah, pobre joven! ¿Crees que basta un noble corazón y un buen propósito para abrirse camino?... Si así fuera, tú serias grande, tú llegarías á los altos puestos, tú honrarías á tu patria... Pero... ¿sientes acaso dentro de tí ese valor á prueba de vicisitudes, esa constancia á prueba de contratiempos, ese *quid divinum* que empuja á los predestinados hácia la cumbre que algun día dominarán al cabo?... Si lo sientes ¡duerme! y si no lo sientes... ¡duerme tambien! *que toda el que vive sueña lo que es hasta despertar.*

Así pasa nuestro galleguito el primer día y la noche primera en su estancia en la Corte, y al cabo de una semana ya está conaturalizado con sus usos y costumbres.

Muy pronto hecha de ver que su levita tiene los faldones cortos y su sombrero las alas anchas; que las boquillas de sus pantalones son demasiado estrechas y las puntas de sus botas demasiado amplias, y entonces, si el joven es rico, se apresura á equiparse á la moda; pero si no lo es... ¡Ay del hidalgo pobre que tiene la honra espantadiza y cree

que desde media legua se le descubre el trasudor del sombrero ó el descosido del zapato! dice Cervantes: y en verdad que á nadie puede aplicarse esto mejor que á nuestros paisanos, que de suyo son susceptibles y cavilosos. Y entiéndase que al hablar de estos debo decir que hay otros que, lejos de preocuparse de su compostura y aliño, son tan... así, que con un tapabocas ó *bufanda* (como ellos dicen) arrollado al pescuezo, un mugriento *carrik* y un no menos mugriento sombrero, se presentan en todas partes con la mayor frescura.

Un grave defecto tienen los gallegos en Madrid, como en todas partes, y es el de no conocer las faltas en que incurren; y otro aun mayor, que es el de ofenderse cuando se las hacen notar. Hablan generalmente muy alto, como si tuviesen empeño en que se eyesen bien las faltas de que adolece su pronunciacion; y lo que dicho de otro modo pasaria casi desapercibido, dicho de éste llama la atencion, no solo de la persona á quien se dirige, sino de todas las que se encuentran en un buen espacio á la redonda. Y si esto les sucede hablando (y esta falta no tiene, en suma, mas valor que el de la diferente pronunciacion de algunas letras), es mas deplorable lo que escribiendo les sucede. En efecto: todos habreis leído como yo esas mal llamadas poesias gallegas, en que ni el régimen, ni la construcción, ni las palabras empleadas pertenecen á nuestro dialecto, y que no parecen sino una mala version del castellano. ¿Es esto escribir gallego? Y, por el contrario, ¿quién no ha leído en alguna de las muchas novelas de nuestros paisanos frases iguales ó parecidas á estas que copio de libros que tengo á la vista: «*Cuando ellos hubieran salido del bosque, ya el sol hubiera traspuesto, etc.*»; «*Aquella misma noche ha salido el conde de su aposento despues que ha matado, etc.*»; «*Tú é yo.*»; «*Sícate de delante.*» ó «*le quitaron un emplea*» para decir que se lo dieron? ¿Esto es escribir castellano? ¿No demuestra, por lo menos, que se desconoce la gramática gallega, sin que por eso se conozca la castellana? Yo bien sé que la culpa no es toda del joven, sino del maestro, que quizá no pudo enseñar lo que él no sabia.

Pero voy que me voy alargando mas de lo que estaba en mi propósito, y voy á terminar haciendo algunas observaciones á vuela-pluma.

Los jóvenes gallegos en Madrid se conocen entre otras cosas, por su aficion á la música, y casi todos ellos traen en su haul una flauta, de que son muy hábiles tañedo-

res. Son asiduos *abonados* al paraiso de la Opera, y prefieren por lo comun la música italiana á la alemana, que apenas conocen.

Son muy enamoradizos, y en la mayor parte de sus relaciones hay un tinte de romanticismo, que por lo general, es mal comprendido de las ligeras madrileñas.

En poesía prefieren Espronceda á Quintana, y Beequer á Campoamor.—Gustan poco de los clásicos, pero en cambio son entusiastas de Victor Hugo y Lamartine.

Suelen frecuentar los conciertos *menores* del Imperial y de Eslava, y tienen su punto de reunion en el café de Madrid ó en el de Fornos.

En la Universidad tienen buena fama y un célebre catedrático (que lo fué, y ya no lo es precisamente por su celebridad) gustaba en gran manera de estos jóvenes, á quienes hacia colaboradores de sus obras y ensayos filosóficos.

En el Ateneo se lanzan á las altas discusiones, y, desmintiendo la opinion vulgar de que el gallego es tímido y cobarde, son tal vez demasiado audaces; sin embargo; y quizá por lo mismo, gozan de estima y consideracion por la firmeza de sus principios.

Dejan asimismo bien puesto su pabellon en las oposiciones á que concurren, y son por lo general, serenos en la discusion, sóbrios en el ataque y agudos en la defensa; y aunque su pronunciacion no es buena ni su frase es muy correcta, son escuchados con gusto del público y temidos de sus contrincantes.

Y tal cual es, con sus faltas y sus méritos, sus vicios y sus virtudes, el estudiante galleguito es querido y bien mirado de cuantos le conocen, y es una de las simpáticas figuras, la primera, de que lógicamente habia de ocuparme al bosquejar la vida y costumbres de *los gallegos en Madrid*.

AUGUSTO MOSQUERA.

(De *La Ilustracion Gallega y Asturiana*.)

EL CONDE DE CIFUENTES.

ROMANCE

PREMIADO CON EL PENSAMIENTO DE PLATA

EN EL

CERTAMEN CIENTIFICO LITERARIO

DEL IICEO DE MÁLAGA.

(Conclusion.)

II.

Mala ventura tuvimos;

Horrible noche fué aquella,
Y cuando el sol se levanta
Aun alumbra la refriega.

Sobre miembros destrozados,

Sobre abolladas cimeras,

Sobre caballos sin frenos,

Sobre armaduras deshechas,

Vierte apacible sus rayos

Que mas el pavor aumentan

De los que rotos y heridos

Aun oponen resistencia,

Como terrible jauría

Que hace de los ciervos presa;

Como negros gavilanes

Que en las palomas se ceban,

Desde las cumbres agrestes

Dando alaridos los moros

Sobre los nuestros cayeran.

Unos corren fugitivos

Por cañadas y laderas,

Y entre las zarzas se ocultan

O sin aliento se entregan:

Y otros revuélvense firmes

Contra la morisma fiera,

Y al grito de Santiago

Venden cara la existencia.

Aquí al Apóstol invocan;

Allá invocan al profeta;

Aquí arrojan los aceros;

Allá avanzan, acá cejan;

Cual, de los duros alarbes

Esclavo infeliz se encuentra;

Quien, por los tajos aquellos

En su fuga se despeña;

Y en confuso laberinto

Collados y valles, truecan

Atabales y añafiles

Imprecaciones y quejas.

Por varios moros cercado

Que le embisten y le estrechan;

Guarecidas sus espaldas

Por engina tosca y vieja,

Tintas las mallas en sangre,

Rota la veste leonesa,

El fino casco sin plumas,

Partida en dos la rodela,

Fuego arrojando sus ojos

Y en ristre la lanza puesta,

Sobre un caballo morcillo,

Noble cristiano pelea,

Era el conde de Cifuentes;

Ese conde, de quien cuentan

Que es el mejor caballero

De cuantos corren fronteras.

El que los bárbaros temen,

El que los fieles respetan,

El que sus reyes admiran,

El de las grandes proezas!...
 ¡Bravo conde!... ¡bravo conde!...
 ¡Que bien hieres! que bien cierras
 Con toda la moreria
 Que con sus hierros te cerca!...
 Tajos y mandobles daba
 Ora á diestra, ora á siniestra,
 Que á raya los moros tienen;
 ¡Tan buenos y tantos eran!...
 Desde la cruz á la punta
 Ya su tizona sangrienta,
 Vibra cual rayo de muerte
 Que luto y espanto siembra.
 Y ancho círculo se abre
 Con tan estraña braveza,
 Que guay! de aquel que lo pasa;
 Que guay! de aquel que se atreva!...
 Pues ese conde animoso
 Embistelos con tal fuerza,
 Que al dar un bote su lanza
 Corcel y ginete ruedan.
 Mas que un hombre parecia;
 Y á los alarbes semeja
 Un espíritu contrario,
 Genio quizás de la guerra
 Mas ah! respiran alegres,
 Que por las ásperas sendas
 Grande tropel de guerreros
 Para auxiliarlos se acerca.
 Son soldados de valía
 Que al castellano rodean,
 Y le cargan y le acosan
 Con las picas y las flechas.
 En esto aparece ufano
 El fuerte Reduan Venegas
 Con su alazan á galope,
 Con aguerrida presencia;
 Y así á los moros les grita,
 A los de poca nobleza,
 Que en tan reñido combate
 Contra uno solo se empeñan:
 «No es de buenos caballeros
 Sostener tales empresas;
 Fuera, y dejádmelo solo;
 Fuera, cobardes, afuera!...
 Pues solo mi limpio acero
 Que sangre cristiana templá,
 Puede chocar con la espada
 Que ese cristiano sustenta.»
 Todos tiemblan de coraje,
 Empero el campo le dejan,
 Y el de Cifuentes se anima
 Y su caballo espolea,
 Que fatigado y herido
 Doliente relincha, y llena
 El freno de blanca espuma
 De oscura sangre las riendas.
 ¡Mal hado tienes, el conde
 Pues quiere tu ingrata estrella

Que sin esperanza luches,
 Luches con el de Venegas.
 Ambos á dos campeones
 Dejando la brida suelta,
 Entre turbiones de polvo
 Parten á toda carrera;
 Y con tal rabia se embisten
 Con tal impetu se encuentran,
 Que entrambas lanzas fornidas,
 Volaron astillas hechas.
 Entonces rudos se abrazan;
 Se oprimen y forcegean;
 Resisten desesperados
 Sin que el uno al otro venza;
 Pero el moro que á Cifuentes
 Ventaja en valor no lleva,
 Mas que brios no ha perdido,
 Mas que la liza comienza,
 De sus fortísimos brazos
 Tras sacudida violenta,
 Desencájale del potro
 Y dá con el conde en tierra.

· · · · ·
 · · · · ·
 ¡Ay! que ya marcha cautivo
 Por las angostas veredas,
 Tintas de sangre las manos
 Y la frente de vergüenza!...
 No le rindió la bravura
 Que en su contrario celebran;
 No le rindió su pujanza,
 Su mal sino lo rindiera!...
 Pues tras titánico esfuerzo
 Tras lid furiosa, lo entrega
 En manos de ese enemigo...
 ¡Suerte injusta! ¡suerte adversa!
 ¿Porqué castigas y ofendes
 Al que corre las fronteras,
 Al que los suyos admiran,
 Al de las grandes proezas!

· · · · ·
 · · · · ·
 ¡Como cruzan, como cruzan
 De Málaga las callejas
 Los cristianos prisioneros
 En jornada tan funesta!...
 Tristes van y despechados
 Pues los árabes ondean
 Los pendones de Castilla,
 Y de Santiago la enseña,
 Que ellos al viento tremolan
 Debajo de sus banderas,
 Mientras botin y cautivos
 Delante fieros ostentan.
 Y marcha el heroico Conde
 Abatida la cabeza;
 Desgarrados los vestidos,
 De cólera el alma llena!...
 Nobles, plebeyos, soldados
 Que á los suyos victorean,

Con músicas y con gritos
Gozosos el aire pueblan.

Doquiera lucen las galas
Vibran las guzlas doquiera,
Todo es júbilo en palacio,
Todo zambra, todo fiesta;
Y las moras principales
Y las garridas doncellas,
Tras doradas celosias
Flores derraman y esencias.

Mas ¡ay de ellos! que muy pronto
Trocará la suerte nuestra,
En lágrimas, esas risas;
Esos cantos en endechas.

Pronto sobre la Alcazaba
Do el Conde cautivo entra,
Del antiguo Gibralfaro
En la torre mas enhiesta,

Han de mecer de esos mares
Las auras ténues y frescas,
Los venerados pendones
De la Católica Reina!

Pronto hallarán, ¡vive Cristo!...
Venganza justa y completa,
De la Axarquia los desastres;
Del de Cifuentes la afrenta.

Y pronto el buen caballero
Ha de romper sus cadenas,
Para vencer á los moros;
Para correrles la tierra!...

JOSEFA UGARTE BARRIENTOS,

MISCELÁNEA.

La Excm. Diputación de Lugo acordó auxiliar con 125 pesetas la publicación del drama *Soledad*, original del redactor del Diario de aquella ciudad D. Aureliano J. Pereira.

Felicítamos á nuestro querido compañero, y nos place en extremo que la Diputación de Lugo dando pruebas de su amor á las letras, lo cual le honra, premiase así los afanes y el talento de uno de los jóvenes que se consagran al periodismo en Galicia.

Ha sido electo Senador por la provincia de Lugo el ilustrado hijo de Ribadavia y notable Magistrado del Tribunal Supremo de Justicia Excmo. Sr. D. Benito de Ulloa y Rey, contando el Sr. Ulloa con legítima influencia y generales simpatías en esta provincia, sensible es y extraño que no le concediese su representación en el Senado, honra y confianza que le dispensó espontáneamente la

provincia de Lugo como recompensa sin duda á los relevantes méritos que adornan á tan esclarecido gallego.

ECOS DE ORENSE.

De la buena fé de nuestro colega local esperamos una rectificación. Tiempo há que lamentándose de que los presos enfermos tuviesen que permanecer en la cárcel pública, local que no reúne las necesarias condiciones higiénicas, aseguró que este acuerdo habia sido adoptado por el ex-Gobernador civil de esta provincia Sr. Molina. Nosotros oportunamente hemos precisado la cuestión, probando con datos oficiales, que tal acuerdo se tomó cuando se llevaron á cabo las reformas en el ramo de Beneficencia, época en que aun no gobernaba esta provincia dicho respetable señor, y consignábamos además que estas determinaciones incumben á la Junta de cárceles de partido, y no á los Gobernadores de provincia.

Excite el colega á la referida Junta y á quien corresponda para que se habilite un local que ofrezca seguridades en el nuevo hospital, de modo que el Sr. Gobernador militar de la plaza, sin compromiso, pueda disponer que se establezca un puesto de guardia en aquel asilo benéfico, y así podrá ver realizados sus humanitarios deseos, que son también los nuestros.

Al Sr. Molina no es justo que se le inculpe por actos en los cuales no tuvo participación alguna, ni males que no estaba en su mano el remediar.

Anteayer ha sido conducido al cementerio general el cadáver del Sr. D. Francisco Taboada, padre de nuestros queridos amigos D. Vicente y D. Juan, á cuyo dolor nos asociamos.

Anteayer ha terminado el novenario que la cofradía de Santa Maria la Madre dedicó á su excelsa Patrona en su iglesia titular.

Se celebró misa solemne á toda orquesta y estuvo S. D. M. expuesta á la pública adoración durante todo el día.

Predicó el sermón el ilustrado y virtuoso Párroco de Santa Eufemia del Norte, Licenciado D. Sebastian Roberto Nóvoa, quien demostró las felices disposiciones que posee para la oratoria sagrada, exponiendo con galana frase y brillantes conceptos las ex-

celencias y las bondades que á los pecadores dispensa la Reina de los cielos.

REVISTA TEATRAL.

Es infundada la alarma de los que creen se trata de crear atmósfera en esta población contra la compañía que dirige el Sr. Blanc. La infantil pléyade de artistas, continúa siendo objeto de las mayores deferencias, y recibiendo las mas entusiastas ovaciones del ilustrado pueblo orensano. En la función dada en la noche de anteayer, ocasion tuvieron de convencerse de ello.

Los pequeños artistas esos actores en miniatura, han estado como siempre, á una altura envidiable, demostrando que la divina luz del arte ilumina sus inteligencias é inflama sus corazones.

En un intermedio las Srtas. Megia y Gomez, leyeron unas composiciones de los señores Neira y Curros Enriquez respectivamente, poesias que fueron aplaudidas con entusiasmo por el numeroso público que ocupaba todas las localidades del Coliseo, mereciendo sus autores la honra de ser llamados al palco escénico. Nuestros poetas se presentaron rodeados de todos los niños de la Compañía y mucho debieron regocijarse sus musas al verse acompañadas de aquella legión de ángeles. El Sr. D. Luis Blanc leyó una composición dedicada al pueblo orensano en la cual le manifestaba su gratitud. El Sr. Blanc leyó la citada poesía con tal expresión de sinceridad que no dejó la menor duda de que sus palabras eran el eco fiel de los sentimientos de su corazón. Terminada la lectura el honrado demócrata fué saludado con una estrepitosa salva de aplausos.

La compañía infantil, que nunca olvidará galanteria del público orensano, alentada por las continuadas ovaciones de que es objeto, dispone para el jueves 22 de Mayo una función digna de tan cariñoso pueblo, poniendo en escena, por primera vez, el magnífico drama en tres actos que tanto éxito ha alcanzado en nuestros teatros, representado por los principales actores españoles, titulado: *La quiebra de un banquero*.

Los niños artistas, interesados en que pueda llevarse pronto á cabo el laudable pensamiento de elevar una estatua al eminente crítico gallego Fray Gerónimo Benito Feijóo, disponen un beneficio para allegar recursos á este objeto.

COMUNICADO.

Sr. Director de EL HERALDO GALLEGO.

Muy Sr. mio: En el número de *El Pueblo Español*, correspondiente al día 4 de Octubre de 1878, se ha insertado una carta mia, en la cual iba intercalada otra de cierto sujeto, acostumbrado sin duda á no ver en si mismo las faltas que critica en los demás, siquiera estas faltas que critica en los demás, mucho menos, á la honrada persona á quien el tal sujeto se las atribuye en la mencionada epistola, que yo en mal hora hube apadrinado y de lo cual me arrepiento sinceramente.

En ella se decía, si bien de una manera equívoca, que el Habilitado del clero de esta ciudad, D. Modesto P. Bobo, no habia hecho la entrega de los títulos de amortizable á los interesados, sino hasta despues de haberse verificado el sorteo de amortización de aquellos, ó sea, hasta comienzos de Julio de 1878, con el fin de apropiarse la respetable diferencia (un 20 por 100) entre el valor de los títulos premiados y el de los no premiados.

Y esta aseveracion que yo tuve la desgracia de patrocinar en un momento de insensata confianza creyendo en la caballerosidad de quien despues he comprendido que dista mucho de ser lo que yo me habia figurado en un principio, no se funda en nada, puesto que el Sr. Perez Bobo hizo público á su tiempo, antes del sorteo de Junio y valiéndose del «Boletín eclesiástico» de esta provincia, que obraban en su poder dichos títulos y que los interesados podian por tanto pasar á recoger aquellos á que la ley les hubiese hecho acreedores.

Es, pues, indudable que el referido señor ha estado siempre á la altura de su mision, y tanto por su providad, que yo soy el primero en reconocer, como por su inteligencia, es acreedor á la fundadísima reputacion de que goza; y como quiera que siempre es decoroso en toda persona bien nacida retirar las ofensas que inconscientemente haya podido inferir á otra sin justa causa; como yo no debo ni quiero hacerme solidario de inexactitudes y falsedades, cumplo gustoso con un deber que mi conciencia me dicta, haciendo esta pública y espontánea retractacion, á fin de reparar completamente el agravio que en la citada correspondencia á *El Pueblo Español* hube inferido involuntariamente al dignísimo Sr. Perez Bobo.

ADOLFO HERMIDA.

Orense 10 de Mayo de 1879.,